

ÓRGANO DE LA CLASE
TRABAJADORA
ORGANIZADA

Trabajadores de todos
los países, uníos.
CARLOS MARX

CIENCIA



AÑO I

HEREDIA, Costa Rica, 10 de Diciembre de 1927

NUM. 9

VOZ DE ALIENTO DE ALAJUELA

Brazos fuertes que parecís cansados por el rudo trabajo, durante unos cuantos años que os parecieron largos, casi interminables.

Sangre roja que parece adormecida por la perezosa lentitud con que corres por las azules venas de tu dueño.

Y tú, cerebro amodorrado, tal vez por haber lanzado al aire libre unas pocas ideas, que como rayos luminosos fueron a perderse en la negrura tenebrosa del vacío.

Cíeme: os habla el poseedor de otros brazos que debieran estar más cansados que los de vosotros; os aconseja quien tiene otra sangre que el frío de la muerte debiera poseer y que sin embargo corre y arde por la estrecha cárcel de sus venas. Y os habla el dueño de un cerebro que lanzó también ideas quizás lumi-

nosas y que cual las vuestras ¡ay! fueron a perderse en lo tenebrosamente negro de la noche, pero que trata todavía de forjar centeliantes ideas y de fundir bastillas.

¿Qué valen unos cuantos años de lucha por nuestro bienestar? ¿Qué valen, por el de nuestros hijos? ¿Por ventura, la lucha que nos corresponde ahora debemos dejarla a ellos, que debieran encontrar la vida fácil por el amplio camino del trabajo?

Es horrible pensar en que fueron nuestros padres los conscientes labradores de esta estrecha situación en que nos vemos, porque el respeto quizás nos impide lanzarles un baldón, y sin embargo fueron ellos los culpables

porque no pudieron, porque no supieron o porque no quisieron reclamar para ellos y para nosotros, los derechos que les correspondían.

Esto pensamos y a pesar de esto, una lágrima lenta, muy lenta asoma a nuestros ojos al llegar a la conclusión de que aquellos viejecitos vivieron o viven entre la misma estrechez: entre la misma injusticia, entre la misma infamia. ¿Será posible que nuestros hijos sufran esto mismo? No puede ser.

No estamos aun cansados: sean capaces nuestros brazos de una fuerza mayor; sea capaz nuestra sangre de correr más de prisa y de arder

mucho mejor. Nuestros cerebros sean capaces de maquinarse el plan para convertir castillos en escombros y escombros en ceniza.

Hechemos a un lado ese miedo cobarde que embarga todos nuestros sentidos y vayamos a la lucha, ya que ha tiempo nos provocan: Burguesía, Clero y Militarismo.

Las primeras clarinadas han roto ya el silencio sepulcral que nos ahogaba, hendidos en este aire envenenado que nos rodea y arrancando también las primeras convulsiones de espanto a ciertos fanáticos cuyos ojos entenebrecidos por la venda traidora de una fe mal comprendida, no han podido ver la radiosa luz que esparce «La Lucha»

VÍCTOR BERRICAL P.

EL AUTOMÓVIL SANGRIENTO

Mátame, parte mis carnes si quieres, monstruo maldito! Ya sé que en tus almohadones forrados en pana, va un hombre sin ama, va un hombre que me odia. Mátame y destroza mi cuerpo! Soy un miserable que se interpone en la vía, gritando las verdades que debes oír! Mueve las ruedas de tu carro, todo elegancia y esmalte, todo opulencia, arrogancia y lujo!

Yo sé que si tendido me dejas sobre la arenosa ave-

nida, correrán los curiosos a ver mi mutilado cuerpo retorciéndose en la sangre que manchó los guardabarros, pero al ver que visto pobremente, nadie, ni uno solo de ellos, profiere una protesta en contra tuya: yo sé que si te detienen, basta ver que eres un señor muy rico, para que nadie crea en tu saña y tu maldad!

Te digo que detengas la marcha y que escuches mi voz! No me amedrentas con decirme que me arrollas y

me matas; ya sé que mi simpleza y mi presencia enferma, no te inspiran otra cosa que el deseo de exterminarme. Pero he querido que escuches; fijate, bribón en aquella niña débil que implora limosna en la puerta del Banco; fijate en aquel beodo que a empujones trasladan a la prisión, tan solo porque sus copas las tomó en una cantina del barrio más pobre, que de haberlas apurado en el mismo salón donde tú lo has

hecho, nadie imaginaría que estaba embriagado, como nadie cree que tú lo estás también.

Fijate en aquella meretriz encolorada que va camino al Hospital y sin embargo te señala como culpable de su infortunio, porque tú mismo compraste su honra con un billete de Banco la noche aquella en que la pobre te refería la muerte de su anciano padre y te pidió un favor; mira también aquel impedido que cruza la acera,